

Ca 991 1001

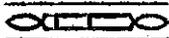
EL PROBLEMA ORIENTAL

POR

JOSE C. DE OBALDIA

Ex-Cónsul de Panamá y ex-Gerente de los Consulados de Argentina, Brasil, Guatemala, Perú y Portugal en Hongkong, China.

Profesor en la Escuela de Derecho y en el Instituto Nacional de Panamá.



PANAMA
IMPRESA NACIONAL
1928

EL PROBLEMA ORIENTAL

POR

JOSE C. DE OBALDIA

Ex-Cónsul de Panamá y ex-Gerente de los Consulados de Argentina, Brasil,
Guatemala, Perú y Portugal en Hongkong, China.

Profesor en la Escuela de Derecho y en el Instituto Nacional de Panamá.



PANAMA
IMPRESA NACIONAL
1928

PRIMERA PARTE
RESEÑA HISTORICA DEL JAPON

RESEÑA HISTORICA DEL JAPON

I

La historia antigua del Japón es tan intrincada, se encuentra sumida en mitología, tan inverosímil, que es imposible aceptar su veracidad. Varias deidades juegan papel conspicuo en esas absurdas leyendas: así, por ejemplo, el país es llamado la "tierra de los dioses" y el abuelo del Monarca cuenta en primera línea a "Teucho Daijín", la diosa del sol.

Se asevera que existieron primeramente siete generaciones divinas que procrearon a cinco terrestres, las que, a su vez, fueron las progenitoras de los soberanos mortales de quienes desciende el Emperador. Esos acontecimientos tuvieron lugar, según varios historiadores japoneses, en una época correspondiente a seiscientos sesenta años antes del nacimiento de Cristo, cuando el primer Mikado, apellidado "Yimmu", subió al trono, de modo que actualmente cuenta la dinastía dos mil quinientos ochenta y ocho años de existencia, sin que teóricamente haya reinado ninguna otra.

Una de las razones más poderosas para hacer dudar de la exactitud de la historia japonesa la tenemos en la avanzada edad que asigna a algunos de los monarcas nipones, uno de los cuales, el Emperador "Keiko", vivió ciento cuarenta y tres años. No obstante, después de cuatrocientos años del comienzo de la era cristiana las cróni-

cas se ciñen más a la razón, pero sólo desde nuestro siglo décimo los anales del Japón son generalmente considerados como auténticos.

El origen de la raza japonesa es problemático y lo más probable es que sea el producto de la amalgama de varias razas: muchos autores admiten, sin embargo como autóctonos del Archipiélago a los "Aínos", tribus que todavía subsisten de la caza y de la pesca en regiones apartadas de la isla de Yedo. Nosotros hemos tenido ocasión de conversar, por medio de intérprete, con algunos individuos de esa raza, durante una exposición que se efectuó en Kioto en el año 1916, y quedámos sorprendidos de la diferencia de su tipo, comparado con el del japonés moderno corriente: son blancos, no amarillos, y apenas si se nota en ellos la oblicuidad característica de los ojos; los hombres son velludos y usan luengas barbas, mientras que los japoneses actuales son lampiños. Las mujeres se tatúan el bozo con tinta azul y están mejor conformadas que la generalidad de sus hermanas civilizadas, pues son redondas de caderas y más esbeltas.

Los aínos se extinguen rápidamente—quizá no haya más de tres mil en estos días—y son menospreciados por sus compatriotas nipones quienes los tachan de salvajes empedernidos, refractarios a toda cultura. Las tribus aínas poblaban antaño grandes porciones del territorio insular, pero fueron gradualmente empujadas hacia el norte por otra raza procedente del sud-oeste, o sea la de los antecesores de los japoneses actuales, oriundos de Corea o de China. En resumen, los aínos parecen ser descendientes de pueblos que aún moran en ciertas regiones de Siberia, pues tienen muchos de los rasgos característicos de estos últimos. No obstante, los mismos aínos tienen otra idea de su origen: sus leyendas narran que una princesa asiática, perseguida por deseos incestuosos de su padre, abandonó el Continente en un baje, acompañada de su perro,

y desembarcó en Yeso, donde tuvo del can varios hijos semi-dioses, antepasados del pueblo aino.

La creencia anterior pugna con la teoría del origen divino ya descrita y aunque el vocablo japonés "inu" significa perro y parece ser corrupción de "aino", lo cierto es que los japoneses de hoy no quieren admitir su parentela con los que son reputados primeros habitantes del territorio.

II

Siguiendo el curso de la historia vemos que Kioto, antigua capital del Imperio, y extensas regiones que circundan a esa gran ciudad fueron ocupadas por los conquistadores chinos mientras los aborígenes se mezclaban con ellos, tenían descendencia mestiza o reculaban hacia regiones inaccesibles en donde se han extinguido casi por completo en el transcurso de los siglos. Pero esa retirada ante los invasores no fue voluntaria: celosos de su independencia disputaron palmo a palmo el terreno a numerosas fuerzas militares que los perseguían constantemente y, después de inspirar terror en las comarcas que atravesaran, acabaron por huír de sus dominios y refugiarse en los parajes apartados que ahora habitan.

Las relaciones entre el Emperador y la casta militar eran las siguientes: el Emperador y su corte, quienes residían en Kioto, se hallaban rodeados de los "Kuge" o nobles descendientes de la rama segundona de la familia imperial. Estos últimos tenían a su cargo la organización de las fuerzas militares en representación del soberano, pero esa misión no era de carácter permanente sino que estaba subordinada a contingencias guerreras. No obstante, en la Edad Media, el sistema militar chino fue adoptado: fueron nombrados Generales del ejército y se procedió al reclutamiento sistemático de la población mascu-

lina a fin de que prestase servicio militar; y es así como las fuerzas armadas de la nación fueron subordinadas a los "Shogunes" o jefes militares, pero todo el material bélico era depositado y sólo se entregaba a los milicianos en caso de guerra.

Más tarde la poderosa familia Fujiwara, los Médicis del Japón, íntimamente allegada al Trono, creó una oligarquía hereditaria y, por su mandato, sólo individuos pertenecientes a la nobleza podían ser oficiales del ejército: el rango de General fue, por virtud de esa disposición, conferido constantemente a las camarillas rivales "Taira" y "Minamoto" y, en esas circunstancias, surgió la casta militar propiamente dicha, segregada de la rural en el año 770, desde cuando el poder omnímodo del Mikado sufrió grave quebranto en favor de los fanáticos militaristas. Las armas fueron sacadas de los depósitos y entregadas de manera permanente a los soldados, quienes acabaron por dominar efectivamente al país bajo las facciones mencionadas.

Como era de esperarse, la rivalidad entre las dos agrupaciones militares suscitó terrible guerra civil a mediados de nuestro siglo doce y el resultado de la lucha fué el aniquilamiento de la facción Taira; pero no tardaron en sucumbir, a su turno, los partidarios de los Minamoto, ante el empuje de otros fuertes clanes militares que ejercieron supremacía durante la dominación de la familia "Tokugawa", desde 1603 hasta 1866. En todo ese largo lapso si es cierto que los Mikados reinaban no puede decirse, con propiedad, que gobernaran, pues, en verdad, dichos soberanos fueron reducidos a condición precaria porque eran virtualmente prisioneros en su palacio de Kioto; pero en 1868 una formidable revolución destruyó el ascendiente sin contrapeso de los Tokugawa y restauró el prestigio imperial con tal éxito que desde esa época la posición del Mikado es en todo parecida a la que ocupaba

en tiempos remotos. A ese movimiento político se le ha llamado: "La Restauración".

III

El poderío inigualado que ejerció la familia Tokugawa se debió en parte al sistema de clases o castas que estableció en su propio beneficio. Esas castas eran: las familias de militares; comunmente designadas por el nombre de "Samurayos"; la casta rural compuesta de señores feudales, terratenientes agricultores, llamados "Daimíos"; los artesanos; y los comerciantes.

Los albores de la hegemonía de los Tokugawa se distinguieron por la violenta persecución de que fue víctima la religión cristiana, introducida en el año 1549 por misioneros portugueses: en 1614 un edicto proscribió el cristianismo y un decreto de expulsión contra los Jesuitas hizo que treinta mil campesinos cristianizados de la provincia de Hizen se apoderaran de un castillo fortificado en Shimbasa y se declararan en abierta rebelión en contra del Gobierno. Un ejército, al mando del Shogún Iyemitsu, los sometió después de encarnizada resistencia y les negó cuartel; todos los sobrevivientes al combate fueron despiadadamente pasados por las armas. La persecución religiosa continuó, aunque de manera intermitente, hasta el año de 1868, cuando era común leer edictos anticristianos fijados en las tablillas de anuncios en las aldeas.

Debe anotarse en favor de la época de los Tokugawa que, aparte del incidente del Castillo de Shimbasa, la paz interna y externa sentó sus reales en el país, pero no por eso desaparecieron las intrigas de la nobleza para repartirse los cargos militares; esas veleidades de revuelta fueron, sin embargo, suprimidas con mano férrea y una era de bonanza económica, basada en la agricultura, se extendió por todo el Archipiélago Nipón.

Mientras la existencia nacional se desarrollaba armónicamente también se manifestaba un intenso aislamiento: ningún japonés podía emigrar sin autorización expresa de las autoridades, y los contraventores pagaban con la vida su desobediencia. Al mismo tiempo, contrastando con la providencia anterior, los Shougunes habían firmado, a partir de 1858, varios tratados con algunos Estados Europeos, lo que contribuyó a que ciertas ideas y escasos elementos extraños fuesen introducidos en los asuntos políticos del Japón. A esos pactos, suscritos por el Shogún y los representantes de países extranjeros, atribuyen algunos historiadores la restauración del poder imperial, porque la burguesía y el pueblo se rebelaron en contra de ellos, especialmente en contra de aquellos que lograron establecer relaciones oficiales y económicas internacionales y de los cuales los más importantes son los firmados con Portugal en 1542, con España en 1602, con Holanda en 1610, y con la Gran Bretaña en 1613. Finalmente en 1854, el Comodoro Perry, después de conducir a la flota de guerra norteamericana a las costas japonesas, obtuvo bajo la amenaza de sus cañones la firma del Tratado de Uruga, en la bahía de Yedo o Tokío.

A esos convenios que abrieron varios puertos japoneses al comercio mundial y estatuyeron la residencia de los extranjeros en los mismos siguieron otros similares cruzados entre delegados nipones y de Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, China, Corea, Dinamarca, España, Estados Unidos de América, Francia, Hawái, Holanda, Italia, Perú, Portugal, Rusia, Suecia y Suiza; pero todos ellos fueron rubricados por el Shogún, cuya residencia feudal era la ciudad de Kamakura y no recibieron la aprobación del Mikado sino en el año 1868. Desde esa fecha todos los tratados del Japón han sido hechos en nombre y por autoridad de Su Majestad el Emperador.

IV

La apertura del Archipiélago a la influencia del Occidente marca nueva era en la vida nacional japonesa: en 1872 el Japón envió una expedición militar contra las tribus aborígenes de Formosa, al este de la costa china, para pedir satisfacción por el asesinato de súbditos del Mikado que habían naufragado en aquellos parajes. Ese acto ponía en conflicto a China, entonces soberana de la hermosa isla, con el Imperio del Sol Naciente, y hubo un momento en que se temió que la guerra estallara entre ambas naciones; pero China reconoció el buen fundamento del Gobierno de Tokio (el Emperador ya había abandonado a Kioto como residencia oficial) y, consecuentemente, le pagó indemnización pecuniaria en concepto de daños y perjuicios. Más tarde, en 1875, las fortalezas coreanas abrieron fuego contra un navío de guerra japonés que navegaba cerca de Seúl: el barco respondió al ataque y desembarcó marinos que se apoderaron de cuantioso parque militar, pero el tratado nipón-coreano del 27 de Febrero de 1876 arregló satisfactoriamente el malhadado incidente y dos comisarios japoneses fueron nombrados de modo permanente ante las autoridades de ese Reino, presagio esto de la anexión que el 23 de Agosto de 1910 sufrió impotente esa nación caduca.

Los incidentes anteriores revelan el surgimiento de una nueva política del Japón; la antigua teoría de aislamiento cedió, por vez primera, el paso a la idea de expansión, la que se manifestó al principio en las cercanías de la patria y sirvió luego de base a la política mundial japonesa que hoy contemplamos estupefactos. Es obvio, sin embargo, que todos esos cambios bruscos en que la influencia extranjera se hacía sentir no pudieran realizarse sin la protesta airada de los nativos y, al efecto, estallaron varios movimientos sediciosos. El más conocido

de ellos fue el que culminó en la insurrección de Satsuma, la que se inició arduosamente con diez mil hombres que, partiendo de la ciudad de Kagoshima, intentaron llegar a Tokio con el fin de presentar "cierto número de demandas" al Soberano, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, lo que hizo que aquellos de sus jefes que no cayeron prisioneros se suicidaron.

Uno de los puntos más desdorosos para la soberanía del Japón era el sistema de capitulaciones mediante el cual los extranjeros oriundos de naciones cuyos gobiernos habían firmado tratados de exterritorialidad con la Cancillería de Tokio no eran juzgados por las autoridades judiciales joponesas sino por las suyas propias representadas en Cortes Consulares establecidas ad-hoc. Ese deprimente estado de cosas duró hasta 1899 en que, habiendo el Japón reformado sus códigos y rodeado de prestigio a la Justicia por medio del nombramiento de Magistrados probos, capaces e inamovibles, la Gran Bretaña convino en renunciar a la práctica de la exterritorialidad, dando así ejemplo de altruismo y desprendimiento que pronto fue imitado por las demás naciones. Pero si esa reforma tan radical pudo efectuarse, ello se debió a la perfecta seguridad individual y colectiva que el Japón brindaba elocuentemente: tribunales correccionales, de primera instancia, de apelación y de casación fueron inaugurados en todo el Imperio, bajo el modelo francés.

La administración imparcial de la justicia brilló desde entonces majestuosamente e hizo posible la supresión en los tratados existentes de la cláusula de exterritorialidad; lo que es ejemplo viviente de cuanto pueden el patriotismo y la buena voluntad de un pueblo que, al revés de su gran vecina la China, se esforzó denodadamente por figurar en el concierto de las naciones civilizadas de la Tierra. Japón se mostró celoso de sus derechos conculcados pero también tomó a pecho las obligaciones nacidas de

su soberanía incólume. Ojalá el Kuomintang chino se mirase en ese pulido espejo y tratase de imitar a los nipones quienes, ante la intriga extranjera que amenazaba los cimientos de su nacionalidad, depusieron rencillas tradicionales en aras de la patria y, cosa quizá única en la historia universal, los daimíos, señores feudales, renunciaron voluntariamente a sus privilegios y prebendas e inmolaron intereses personales y de casta, rindiendo, como en efecto rindieron, sus vastos dominios territoriales para crear la unidad sagrada del país bajo el cetro poderoso de un Emperador venerado, respetado y obedecido. La única recompensa a su inaudita abnegación fue el reconocimiento de sus títulos nobiliarios a perpetuidad y el otorgamiento de pensiones vitalicias personales, es decir, que no serían pagadas a sus herederos.

V

La unidad nacional contribuyó decisivamente al progreso político interior y exterior: el Budismo, religión contemplativa que paraliza el esfuerzo individual y aún colectivo, fue sustituida oficialmente por el Sintoísmo dinámico y emprendedor; una casa de cuño fue fundada en Osaka, única autorizada para acuñar la moneda nacional que debía reemplazar ventajosamente en el campo económico a las diversas monedas locales; la organización sistemática de los correos y telégrafos imperiales fue un hecho cumplido; el primer ferrocarril unió a Tokio con Yokohama en 1872; el ejército fue europeizado y reclutado de acuerdo con el principio de servicio militar obligatorio para toda la población masculina; la instrucción popular tomó auge maravilloso hasta el punto de que hoy es muy raro en el Japón encontrar analfabetas; y, en fin, todas las instituciones políticas, sociales, económicas, industriales y comerciales se adaptaron con facilidad

asombrosa a las prácticas de la Europa moderna, apesar de la oposición que, como ya hemos dicho, algunos retrógrados, nacionalistas exaltados, les hicieron. En síntesis, los estados feudales, semejantes a los de la Edad Media europea, se fundieron en un solo Estado moderno, ávido de renovación deslumbradora.

En 1899 se inauguró el gobierno constitucional por cuya existencia venían luchando espíritus selectos desde hacía varios años: el Parlamento fue electo por el sistema de sufragio restringido, pero en este año de gracia de 1928 las funciones electorales de los súbditos del Mikado han sido modificadas y ampliadas de tal modo que hoy el sufragio universal, con muy pequeñas restricciones, es base fundamental del Gobierno japonés; los Ministros de Estado son designados por el Emperador de acuerdo con las Cámaras Legislativas y son responsables individual y colectivamente ante estas; lo que equivale a decir que impera el régimen parlamentario.

El gobierno monárquico, bajo el título oficial de Imperio Constitucional, fue establecido por la constitución del once de Febrero de 1899. Hay dos Cámaras: la de los Pares formada por los varones mayores de la Familia Imperial; los Príncipes y Márqueses de más de veintiún años de edad; la quinta parte de todos los Condes, Vizcondes y Barones que han cumplido veintiún años, elegidos cada siete años por sus iguales; los Pares vitalicios, mayores de treinta años, nombrados por el Emperador, pero cuyo número no debe exceder al de los Pares de la nobleza; quince Pares, también mayores de treinta años, elegidos por los notables de cada distrito administrativo y confirmados por Su Majestad cada siete años. La Cámara de Representantes está integrada por trescientos miembros, mayores de treinta años, elegidos por todos los súbditos japoneses que hayan cumplido veinticinco años de edad y paguen contribuciones anuales no menores

de quince "yenes". Su mandato expira cada cuatro años. Entendemos que la edad requerida para ser elector ha sido fijada últimamente a los veintiún años, con lo cual se ha aumentado considerablemente el número de sufragantes.

VI

La primera guerra internacional en que el Japón envió soldados fuera del país a pelear por sus derechos conculcados tuvo lugar en 1894 cuando intereses opuestos en Corea suscitaron un conflicto armado con la China. Las fuerzas militares japonesas obligaron a las chinas a salir de Corea y la flota del Imperio derrotó a su adversaria en el río "Yalú": la captura de Puerto Arturo y Wei Hai Wei premiaron los esfuerzos de los vencedores.

Esa lucha terminó por medio del Tratado de Shimonoseki de 1895, de acuerdo con el cual China pagó a su enemigo importante indemnización pecuniaria y le cedió la isla de Formosa, así como también la Península de Leao Tung en la Manchuria; pero vigorosas protestas de Rusia, secundadas por Francia y Alemania, forzaron al Japón a prescindir de Leao Tung.

La segunda vez en que se emplearon tropas japonesas fuera del territorio nacional ocurrió en 1900 cuando la "insurrección boxer" segó centenares de vidas de extranjeros y se apoderó de Pekín de connivencia con el Gobierno chino. Los horrendos crímenes perpetrados por los insurrectos contra hombres, mujeres y niños forasteros y la diabólica idea de suprimir el Cristianismo en el Celeste Imperio hicieron que las Potencias occidentales invadiesen con sus fuerzas militares a China, las que bombardearon, saquearon e incendiaron la legendaria ciudad, aliadas a las tropas japonesas cuyo concurso fue muy apreciado por los europeos y americanos. Era la primera oportunidad en que el Japón tomaba parte en asuntos de carácter mun-

dial y trataba de igual a igual con los grandes Estados cristianos.

La cooperación anotada influyó poderosamente en el ánimo de la opinión pública británica: hasta esa fecha no se conocía al Japón sino al través de libros más o menos fidedignos de autores románticos, sugestionados por la poesía, el encanto y la lascivia que emanan de manera singular del país de las flores, de las nevadas montañas, de los apacibles lagos, de las celebradas "geishas," de los paradisíacos "yoshiwaras" y del legendario "harakiri", o suicidio que consiste en abrirse el vientre con una Jaga aún por razones fútiles; pero nada se sabía generalmente del Japón intelectual, industrioso, fabril, político y dinámico que comenzó a asombrar al orbe al ser admitido en 1902 como aliado precioso del Imperio más grande, rico y altanero que hayan conocido los siglos, el soberbio y orgulloso Imperio Británico. Esa benéfica alianza demostró de manera contundente, durante la guerra mundial de 1914 a 1918, la capacidad moral y física de Nipón; su respeto a la palabra empeñada, la conciencia que posee de sus deberes y la eficacia insuperada que puso de manifiesto al mantener la paz, la tranquilidad y la libre navegación en el Lejano Oriente. Y aunque espíritus superficiales hayan pretendido que la cancelación, o mejor dicho, la no renovación de la alianza britano-nipona, en 1921, ha sido desconocimiento e ingratitud de parte de la Gran Bretaña de los eminentes servicios prestados por el Japón, nosotros creemos que dicha anulación se impuso únicamente por las nuevas orientaciones de la política internacional; lo que hace honor a la pundorosa nación asiática, porque los pactos de Washington, suscritos hace siete años, al ampliar los horizontes de la obra civilizadora en el Asia, han dado relieve inusitado a la política de la Cancillería de Tokio y han afianzado el prestigio mundial del Japón al admitirlo como factor indispensable del concierto que

forman las naciones más poderosas de la Tierra, o sean, alfabéticamente, Estados Unidos de la América del Norte, Francia, Gran Bretaña e Italia. En otras palabras: la Conferencia de Washington ha realizado de modo portentoso y merecido el buen nombre del Japón al acatarlo, por medio de pacto multilateral, en lugar del bilateral anglo-japonés, como propulsor inestimable de orden y progreso en el Continente Asiático.

VII

La guerra chino-japonesa tuvo por corolario inmediato la justa apreciación del porvenir del Japón por el Gobierno de Londres, el más perspicaz de los gobiernos, pero no fue, en verdad, sino en 1905, al terminar la famosa guerra ruso-japonesa, cuando el resto del mundo se dió cuenta cabal de la potencialidad del país que siempre había sido considerado, como muy sensatamente escribe en su libro titulado, "*Mirando al Japón*", nuestro amigo y compatriota, el inteligente prosador y poeta panameño Jorge Tulio Royo, "como un jardín en que sólo había floridos arboles de cerezas, crisantemos pomposos y yoshiwara con fantasmagóricas linternas en las ventanas de bambú. El Japón, para motivar el interés universal o ser tenido en cuenta en las deliberaciones internacionales, tuvo que vencer a un país de la raza blanca, nada menos que a una de las Potencias más temibles de la Europa confiada. Su victoria sobre China, a fines de la pasada centuria, alcanzó muy escasa significación".

La guerra ruso-japonesa, en la cual los regimientos nipones demostraron irrefutablemente su valor técnico y su desprecio a la vida rayano en fanatismo patriótico, dió por resultado la firma de la paz en Portsmouth; y mediante ese tratado la nación japonesa adquirió la mitad sur de la isla Sakalín, Puerto Arturo, Dalny o Dairén, el

arriendo de la Península de Leao Tung, el uso irrestricto de las ferrovías en esas áreas y el protectorado de Corea. Japón obtuvo así más de lo que al terminar el conflicto chino-japonés de 1894 le había sido negado por intrigas de Rusia.

Un período de calma, de ausencia de episodios bélicos pero no de inactividad diplomática, siguió a la guerra ruso-japonesa: En 1910 China acusó al Japón de violar el principio de igual oportunidad comercial o de la "puerta abierta", como se le conoce en la Historia. Esa violación se efectuaba principalmente en la Manchuria, al decir de los chinos cuyo Gobierno se quejó a los Estados Unidos de la América del Norte y a la Gran Bretaña, Potencias defensoras del susodicho principio, consignado en los tratados que ambas habían concertado con la Cancillería de Tokio en 1899 y en 1905, respectivamente; pero apesar de esa enérgica protesta y del boicoteo de las mercancías japonesas, Japón y Rusia llegaron a un acuerdo en 1910 por medio del cual esas dos naciones se reconocen mutuamente intereses especiales y zonas de influencia en la Manchuria.

Tales son, a grandes rasgos, los hechos culminantes que han permitido al Japón convertirse en factor importantísimo de la civilización moderna y de la armonía internacional. Ellos demuestran, con claridad meridiana, la fe, la tenacidad y el patriotismo excelsos de ese pueblo oriental, al que portentosas hazañas guerreras y diplomáticas han colocado en la cumbre de la Humanidad.

SEGUNDA PARTE
DATOS HISTORICOS DE LA CHINA

DATOS HISTORICOS DE LA CHINA

I

Es harto complejo el estudio de una civilización tan antigua y variada como es la de China: la enorme extensión del país y la diversidad de razas que lo pueblan hacen necesaria cierta clasificación, ya que no es posible en este caso emprender análisis general o de conjunto. Las distintas regiones poseen condiciones étnicas propias, lo que da por resultado que el tipo del nativo difiera singularmente en indumentaria, costumbres, idioma y peculiaridades físicas; y si eso es así al tratarse del chino propiamente dicho, cuyo origen bosquejaremos al través del tiempo y del espacio ¿qué no ha de ser cuando abordemos el examen de las diversas naciones conocidas por el nombre genérico de China? Mas, no obstante la dificultad formidable que esas causas engendran y que hacen sumamente ardua la tarea del historiador concienzudo, esperamos poder compendiar en estas páginas las características sobresalientes de las incontables masas humanas que habitan el territorio de la inmensa República.

Nada explica tan acertadamente las tendencias de un pueblo como sus costumbres religiosas y familiares, nada indica tan elocuentemente el ideal político de las muchedumbres y su concepto del Gobierno como sus tradiciones y organización social. Procuraremos, pues, poner de manifiesto los hábitos ingénitos y comunes que retratan a los chinos, advirtiendo que cuando decimos chinos nos referi-

mos a todos los naturales del ex-Celeste Imperio, sin distinción de razas; es decir, expondremos las virtudes y los defectos peculiares a la generalidad de los individuos nacidos dentro de los límites actuales de la República china antes de anotar las diferencias existentes entre los mismos, de modo que el lector contemple un cuadro policromo, si se quiere pero armónico y rigurosamente descriptivo.

La vida política y social del chino se basa en la idea de familia, institución ésta cuyo prestigio es mucho mayor que en los pueblos europeos y americanos. El amor filial, según las máximas de Confucio, constituye el fondo verdadero de la sociedad, a tal punto que el país entero viene a ser como una gran familia en la que el Gobierno es el heredero natural de la autoridad paterna, lo que explica la fácil sumisión del ciudadano al funcionario público; porque la dignidad y la libertad individuales carecen de sentido y sólo es aceptable el nexa político en que el padre es responsable de todos los miembros de la familia, es premiado por sus virtudes, castigado por sus faltas, honrado por sus hazañas generosas y vilipendiado por sus delitos.

Esa teoría tiene por corolario la veneración especial al culto de los antepasados: al fallecer el padre el hijo se convierte en jefe de la familia, y si acaso ha muerto lo reemplaza su primogénito, o sea el nieto del difunto, o un hijo adoptivo de que debe proveerse para que en la ceremonia fúnebre quemase incienso, ore y avie al muerto con todo lo necesario para el último viaje; papel moneda, ropa, criados, caballos, góndolas, etc., tallados en cartón, así como también víveres, son conducidos en gran pompa al cementerio en medio del ruido ensordecedor de las orquestas, para ser incinerados en la tumba, porque de lo contrario resultarían ignominia y desgracia eternas para la familia.

La etiqueta es otra de las preocupaciones constantes

del chino: sus reglas son tan complicadas y detalladas que ha sido preciso crear un Ministerio de Ritos Sociales que tiene a su cargo velar por el cumplimiento estricto de las disposiciones sobre la materia. Se considera inadmisibles que un descuido en los modales de cortesía haga presumir la decadencia del pueblo cuya civilización es más antigua que la de Grecia y Roma cuya esencia, en la mente del indígena, no es sino mal remedo de su cultura aplicada a "los pueblos occidentales y bárbaros". Y esos ritos son tan indispensables que el autor de este libro, en su carácter de Cónsul, fue víctima de su fastidioso protocolo, durante tres días consecutivos, al visitar oficialmente al Gobernador de la Provincia de Kuantung, en la ciudad de Cantón: las ceremonias fueron tan minuciosas y provocáronle tal cansancio de ánimo que todavía recuerda aterrado la entrevista aludida.

Pero no sólo hay reglamentos en la diplomacia y en el intercurso oficial sino que también sus tentáculos abarcan a las manifestaciones de la vida privada de los ciudadanos: así, por ejemplo, existe la costumbre inveterada de concertar los matrimonios de los hijos varones desde que son niños para asegurar el culto a los antepasados por medio de su descendencia. Esas bodas se efectúan de acuerdo con el oráculo y la astrología, "augurios de felicidad eterna e incomparable", lo que no es óbice para que a la vez existan ocho motivos de divorcio, a saber: el hurto, la locuacidad, la disolución, el adulterio, la esterilidad, la desobediencia a los padres del marido, los celos y enfermedad crónica. Es de advertir, sin embargo, que las faltas enumeradas son punibles en la mujer, únicamente, pues el hombre es reputado ser superior y perfecto.

II

Nos proponemos tratar en este capítulo del sentimien-

to religioso en China y pedimos excusas a nuestros lectores por las dimensiones del tema que nos ocupa; pero sería muy difícil compenetrarse de la psicología del chino si no se estudiaran sus diferentes credos. Veremos, sin embargo, en el curso de esta narración de improba factura que si las ideas religiosas varían en los individuos, la veneración al culto de los antepasados y la superstición más inverosímil son el fondo de la conciencia colectiva.

Los primeros datos que nos suministran a ese respecto las crónicas son de un monoteísmo bastante sencillo: se creía en un ser supremo que no creó al hombre pero que aborrecía al mal, era amigo de la virtud y castigaba o premiaba con justicia infalible; sin exigir, en cambio, amor o respeto del género humano. Ese dios se llama "Tien", lo que significa firmamento en el lenguaje usual, pero fue representado en el idioma escrito por medio de una figura grotesca de hombre. A ese culto se añadió el del sol y la luna, así como también el de algunos planetas y estrellas. Después se adoró a la Tierra en el dios del suelo, en las montañas y en los ríos; luego siguen cronológicamente las deidades propicias o malignas representativas de los elementos: el viento, la lluvia, el frío, el calor, el trueno y el rayo. Las diversas partes de la casa fueron posteriormente declaradas moradas de los espíritus benignos o dañinos, los cuales residían en el dintel, el patio, el alféizar de las ventanas y los rincones. Además, los espíritus de la tierra y de la agricultura encarnan a la patria, al Estado, y se les rinde sacrificios, como también a los anteriores; pero no cabe duda de que el culto a los antepasados, de que ya hemos hecho mención, es el lazo visible de unión entre todos los chinos.

Más tarde se admitieron oficialmente tres religiones combinadas, a saber: "San Kiao", o tres doctrinas, que formaron la religión del Estado. Ellas son el Taoísmo, el Budismo y el Confucionismo que es más bien un sistema

filosófico. El confucionismo es la religión que las clases superiores e ilustradas adoptaron en 1115. Esa doctrina proclama la existencia de una trinidad omnipotente integrada por el Cielo, la Tierra y el Hombre y era representada por su gran pontífice el Emperador, de origen celeste. Los sacrificios se celebraban separadamente: el de Tien (cielo) el de Ti (tierra) el Tao Miao (culto a los antepasados) y el de Shichtsí (dioses de la agricultura). Esos eran los sacrificios magnos o de primer grado, pero había otras dos series de sacrificios; los medianos, ofrendados a la memoria de emperadores, a Confucio, a los antiguos patronos de la industria de la seda, al sol, a la luna y a las estrellas. Los menores eran dedicados al patrono de la medicina, a los espíritus de los prohombres, a las nubes, a las montañas, a los ríos, a la lluvia y al céfiro.

El Taoísmo data del siglo sexto antes de Cristo y es de origen nacional. Sus principios determinantes estriban en la creencia arraigada de que toda materia es, en realidad, esencia sutilísima animada de vida consciente. La jerarquía de ese culto es hereditaria de la familia Chang, allegada a la dinastía imperial, la que desde el año 1016 reside ininterrumpidamente en Lunghushán, provincia de Kiangsí. Los sacerdotes taoístas dan muestra de tolerancia sin precedente en la historia de las religiones: viven en templos diseminados por toda la China y offician en consorcio con los dignatarios del budismo, credo este último que cuenta con inmensa mayoría de correligionarios pero que también es el más despreciado debido a que sus adictos son por regla general, individuos plebeyos.

Se cree que el Budismo fue introducido en China setenta y seis años antes del advenimiento de Cristo. Las leyendas cuentan que en esa época se le apareció en sueños al Emperador Ming Ti un hombre áureo, el que, según interpretó el hermano del monarca, era Sakyamuri Buda,

prestigiosa divinidad oriental. Hay autores que pretenden, no obstante, que el Budismo fue conocido y practicado en China doscientos diecisiete años antes de la era cristiana, pero no existen pruebas convincentes al respecto y, en todo caso, es mejor atenerse a la teoría del sueño de Ming-Ti, porque solo desde entonces fue declarada esa religión credo oficial o del Estado. Un templo budista fue entonces levantado en Lo-Yang, capital de China en aquellos remotos días, y los sacerdotes se dedicaron a la traducción de los libros de Buda. Muchos discípulos de éste inmigraron desde la India a predicar su doctrina y a ordenar a los nuevos bonzos chinos.

En el año 520 llegó a la histórica ciudad de Cantón Bodidharmo o Tamo, como lo denominaron los chinos, el que era portador del sagrado cuenco del patriarcado budista. Al enterarse el Emperador de esa visita ordenó que el visitante compareciese a su presencia en Nankín, pero en vez de ceñirse a la etiqueta prolija de la Corte Imperial el misionero budista ofendió al Soberano al afirmar que el verdadero mérito religioso no lo contenían los libros ni se encontraba en las obras como tales sino que solamente la pureza y la sabiduría combinadas eran gratas a Buda. Ese atrevimiento del monje lo forzó "a cruzar el río Yangtsé en una caña" y a refugiarse en regiones apartadas en donde continuó su apostolado. Hoy el Budismo está dividido en dos sectas importantes, llamadas respectivamente *mahayana*, o vehículo mayor, e *hinayana*, o vehículo menor. En nuestro próximo libro que habrá de titularse: *Historia de las Religiones*, analizaremos detalladamente esas dos tendencias religiosas.

En el siglo séptimo fue predicada en China la religión de Zoroastro, basada en la adoración del fuego. Sus primeros adeptos se reclutaron, hacia el año 621, en la provincia de Shensí, mas desde el siglo noveno esa religión desapareció del país. Su origen es persa y la prac-

tican, además de muchos nativos de Persia, un crecido número de habitantes de la India conocidos con el nombre de "Parsees". Es tal el respeto que les inspira el fuego a esos devotos que no fuman y únicamente se sirven del tabaco en forma de polvo que aspiran por la nariz.

El "Año de la Misión", o sea el año 628 en que Wabb-Abi-Kaba, tío materno de Mahoma, llegó a la Corte china, portador de valiosísimos regalos para el Emperador, marca la fecha en que penetró en China la religión musulmana. Una mezquita se inauguró en Cantón, pero el mahometanismo no tomó verdaderamente auge sino en el año 755 cuando, para ayudar a debelar una rebelión, seis mil soldados árabes fueron enviados al Celeste Imperio por el Califa Abu-Giafar. Esos militares no regresaron a su patria sino que contrajeron matrimonio o se amancebaron con mujeres chinas, se radicaron en el país y, habiendo procreado de manera inusitada, formaron después el núcleo de los ejércitos del famoso conquistador Jenghiz-Kan, de ingrato recuerdo. En la actualidad se han fundido en el resto de la población aborigen y sólo se singularizan por su religión, la que profesan cerca de cincuenta millones de habitantes.

No deja de ser algo misteriosa la aparición del judaísmo en China: se asevera que siete siglos antes de Cristo arribó a ese país cierto número de hebreos, libres ya del Cautiverio de Babilonia de que nos da cuenta la Biblia. Esos viajeros o turistas, como dicen ahora los escritores, parece que llevaron consigo el "pentateuco" y se establecieron primeramente en la provincia de Honán. Todo eso es posible, pero lo que sí puede asegurarse es que existían judíos en China en el año 1163, los cuales abrieron una sinagoga en Kaifenhí, pero su propaganda religiosa no prosperó con todo y los esfuerzos que hicieron por extender su fe. Sin embargo, en 1909, aún perduraba un grupo netamente judaico en la ciudad mencionada,

puro, sin mezclarse con los demás habitantes, retraído y adorador de Jehová conforme a su aňeio ritual.

Santo Tomás, el "Apóstol de la India", y San Bartolomé son considerados como los precursores del Cristianismo en China, pero su actuación está envuelta en leyendas forjadas por el espíritu popular que no permiten enterarse de la eficacia o del fracaso de su propaganda. Sólo desde cuando los discípulos de Nestorio, condenado por el Concilio de Efeso en el año 431, parece que llegaron al país, puede contemplarse el ascendiente más o menos lento de la religión cristiana. Se cree generalmente que la primera sede nestoriana se fundó entre los años 714 y 728 por el Patriarca Saliba-Sacha.

Existe en Singanfú una reliquia histórica consistente en una lápida cuyo origen data del año 781 y que fue descubierta en 1623 o 1625 por misioneros jesuitas. Ese monumento, de considerables dimensiones y en el cual se hallan esculpidos cerca de dos mil caracteres chinos que relatan con bastante precisión la obra de varias misiones cristianas, constituye la prueba más fehaciente de la existencia del Cristianismo en China desde esa época en que, según se informa allí, obtuvo la protección del Emperador *Hun Tsung*, de la dinastía de los Tang.

En 1245 empezó la predicación sistemática del Cristianismo en el Oriente: el Papa Inccencio IV, consecuente con las decisiones tomadas en el Concilio de Lyon, Francia, envió una misión franciscana encabezada por Juan del Plano Carpini. Esos religiosos revelaron a Europa la existencia de "una nación muy grande y civilizada en el Extremo Oriente de la Tierra, en las márgenes del Gran Océano y a la cual llamaron Cathay". Muchas otras misiones siguieron las huellas de Carpini y una de ellas, presidida por San Francisco Javier en el siglo dieciséis, intentó predicar en China el Evangelio, mas fracasó debido a la muerte intempestiva del Santo. Sigue casi un siglo

nebuloso en lo que respecta al progreso del Cristianismo en el país hasta cuando, en el siglo diecisiete, el misionero dominico Gaspar de la Cruz inició la nueva cruzada cristiana, pero su apostolado no duró mucho tiempo. Sin embargo, una vez que despertó el celo religioso entre las distintas órdenes eclesiásticas, la predicación de la Doctrina de la Santa Cruz se fue esparciendo rápidamente y, al efecto, los jesuitas se instalaron en el sur de la China, en la provincia de Kuantung, de donde, poco a poco, fueron infiltrándose en la región central, en Nankín, Shanghai y Hiangchow, para penetrar luego en Pekín y la región del norte.

Sería largo y cansado referir aquí todos los incidentes y trastornos acaecidos a los misioneros en su obra redentora, por virtud de la hostilidad de los chinos y por la rivalidad que surgió entre ellos mismos con el prurito de establecer hegemonía y hasta monopolio en la propaganda en el Celeste Imperio. La naturaleza de este libro, tarea de compendio, no nos permite extendernos demasiado en ese sentido, pero sí diremos que, en síntesis, las órdenes jesuitas, dominica y franciscana comparten los laureles del triunfo de la Cruz China y tienen puesto especial en el martirologio a manos de la impiedad. En estos días prosigue la Compañía de Jesús la obra netamente civilizadora que iniciara, la primera, en China: posee en Shanghai un magnífico observatorio llamado de Sikawei, el que es ayuda inestimable para los navegantes del Lejano Oriente, mantiene universidades reputadísimas en varias ciudades y publica constantemente en sus propias imprentas obras apologeticas y científicas. Es la misión sabia por excelencia.

El segundo lugar en la evangelización de China corresponde, indudablemente, a los dominicos quienes, de modo ejemplar, pasan vicisitudes incontables por llevar a las masas ignorantes la luz de la fe y de la caridad cris-

tianas: han fundado muchos hospicios, asilos, colegios y templos que son refugios espiritual y material para los desheredados nativos, además de contribuir al progreso de la ciencia por medio de la producción continua de obras filológicas importantísimas. Y a todos esos soldados impertérritos de Cristo debemos agregar las santas mujeres cristianas que, bajo el velo de la monja o la cofia de la hermana de la caridad, recogen a innumerables párvulos expósitos, restañan las heridas de los combatientes en las batallas que la guerra civil ha librado y asisten a los enfermos, especialmente a los leprosos y a los tísicos que, a no ser por ellas, pulularían en las calles y en las campiñas chinas desamparados y en el más completo abandono.

El Protestantismo fue conocido en China a fines del siglo diecisiete, pero sólo desde 1807 se erigió en apostolado por medio de la intensa propaganda iniciada por Roberto Marrison, quien desembarcó en la colonia portuguesa de Macao de donde pasó a Cantón, ciudad en que murió después de haber escrito notables obras en inglés y en chino. Los frutos de su titánico esfuerzo fueron cuidadosamente coleccionados por la Sociedad de Misioneros de Londres, la que ha convertido a gran número de chinos, ha fundado magníficos hospitales y escuelas y traducido la Biblia a muchísimos dialectos; pero el número de protestantes, de diferentes sectas, es menor que el de católicos.

En cuanto a la religión Griega ortodoxa, tiene algunos adeptos, principalmente en la Manchuria y en la Mongolia, regiones nominalmente chinas limítrofes con Rusia, pero no se ha desarrollado todavía de manera suficiente para merecer clasificación especial entre los credos religiosos de la China moderna. La República ha proclamado recientemente la libertad de cultos .

III

Hablando en términos generales se dice que el pueblo chino pertenece a la raza mongólica, la que también incluye a los manchúes, mas es notorio que dicho pueblo presenta rasgos distintos a los de los mongoles. Tibetanos, manchúes, tártaros, birmanos y hasta japoneses primitivos o ainos, y árabes se han mezclado para constituir la nacionalidad china de la época actual: así es que es muy difícil encontrar en China al tipo mongol puro.

No obstante lo que precede es admitido que existe un *substratum* común sobre el cual se han superpuesto las razas ya mencionadas. Esa raza primitiva parece ser oriunda del noroeste, o sea de las regiones allende la llanura déltica, y apesar de sus mezclas ha producido un tipo semejante, aunque no idéntico, en lo que atañe a las características de la raza amarilla, como, por ejemplo, la oblicuidad de los ojos, la rigidez y el color del cabello, la estatura y el pigmento de la piel; y, sentado lo anterior, así como teniendo en cuenta las afinidades en el orden social y religioso puede considerarse al pueblo chino como a un grupo etnográfico particular. Los manchúes, conquistadores de la China, forman todavía un grupo especial en la Manchuria, pero la penetración pacífica y comercial del chino propiamente dicho va cambiando a ojos vista su idiosincracia hasta al punto de que ahora es también difícil encontrar al tipo manchú netamente autóctono.

Mas existe una bonita aunque absurda leyenda del origen celeste de los chinos: se pretende que en medio del caos de los elementos, al principio de la Creación, los espíritus de sus antepasados flotaban en el espacio envueltos en las nubes y que tan pronto como el territorio chino se formó y se hizo habitable para el hombre esos espíritus encarnaron y se posaron en el seno del Celeste Imperio.

No había en el universo sino una nación, China, desde donde poco a poco y a medida que el crecimiento de la población lo exigía emigraron los seres humanos que, dilatando las fronteras terrestres, de acuerdo con sus necesidades, dieron vida y poblaron al resto del mundo. Y es por eso por lo que el pueblo chino, de origen divino o celestial, es inmortal o eterno, pues hay la creencia peregrina de que al abandonar sus hijos la forma humana vuelven a morar en el espacio infinito, en calidad de espíritus, de donde regresan al cabo de miles de años a encarnar nuevamente en diversos animales. Es, pues, la teoría embrionaria de la transmutación física y espiritual.

El origen exacto de los manchúes se desconoce hasta por ellos mismos y sus leyendas como pueblo compacto datan del momento en que su jefe supremo, cuyo nombre se ha perdido para la Historia, puso en práctica la idea de reunir bajo su cetro a todos los Tunguses, en lo que fue providencialmente ayudado por una rebelión que estalló en Pekín en 1644. En esa insurrección el Emperador genuinamente chino Wu San Kuei demostró debilidad al llamar a los manchúes en auxilio suyo, acto este que lo desvinculó de su propio pueblo y tuvo por resultado fatal el suicidio del Monarca y el entronizamiento de la dinastía manchú, cuya serie de soberanos terminó únicamente al proclamarse la República.

Entre 1736 y 1795 el Imperio Chino llegó a su mayor apogeo bajo el reinado de los manchúes: el Tibet fue pacificado y Nepal conquistado, al mismo tiempo que el Annam, hoy protectorado francés, y Birmania, ahora colonia británica, rendían tributo y vasallaje al Gobierno pekines.

Esa era de prosperidad y de influencia política en el Lejano Oriente tuvo fin a raíz del incidente chino-japonés a propósito de Formosa a que aludimos en la primera parte de este libro, pero no cabe duda de que la inteli-

genia de los soberanos manchúes y su relativa liberalidad en sus relaciones con el mundo occidental contribuyeron eficazmente al desarrollo intelectual chino, a la adopción de ciertas ciencias y artes europeas, especialmente la astronomía, la milicia y el sistema de recaudación de los impuestos, lo que hacía más fácil la tarea de gobernar al vasto Imperio. El comercio Internacional también tomó incremento inusitado durante el reinado de la dinastía manchú cuyo primer soberano se apellidó Kien Ling y fue el tronco de la poderosa e ilustre familia que abdicó el trono ocupado al proclamarse la República por la Emperatriz Regente Lung Yu, madre del último vástago coronado, el niño Emperador Pu Yi, titulado Hsuang Tung o "promulgador universal".

Ya hemos dicho que el origen de los manchúes se pierde en el tiempo, pero su lengua y sus afinidades los relacionan con los Khitans, raíz probable del vocablo europeizado Cathay. Esas tribus se dispersaron y una de ellas que adoptó como distintivo el nombre "manchú" fue la que en el siglo trece optó por llamar Manchuria a la región en donde había vivido desde el siglo once bajo la denominación de "Uchichs".

IV

Mongolia está situada entre Siberia, Manchuria, el Turquestán y China propiamente dicha, a la cual pertenece nominalmente, pues, en realidad, sus instituciones políticas son aún medioevales, lo que hace que esté dividida en feudos tributarios de varios Príncipes absolutos. Su población es de cinco millones de habitantes, más o menos, y se halla distribuída en una área de un millón trescientas mil millas cuadradas. Sus moradores están muy atrasados en la actualidad y forman, por regla general, numerosas tribus nómadas que profesan en casi su tota-

lidad la religión de Buda. Su origen común es Ural-Altaico, pero se encuentran divididos en cinco ramales que, además de ocupar la vasta región conocida con el nombre de Mongolia, pueblan también parte del Tibet y del Afganistán; estos últimos hablan el persa y están sometidos a jefes militares que pretenden descender del célebre conquistador Jenghiz-Khan. Sin embargo todos se entienden por medio de la lengua mongola, la cual se asemeja al manchú y se escribe de izquierda a derecha, al revés de la lengua china.

Casi la tercera parte de la población mongólica está integrada por monjes budistas o bonzos sometidos a la autoridad suprema y bárbara del Lama de Kutukta, jefe indiscutido del Budismo en las comarcas situadas al norte de la Gran Muralla de China. El 3 de Noviembre de 1912 Rusia reconoció y se comprometió a apoyar la autonomía del país, el que hoy posee fuerzas militares propias y no admite a los ejércitos chinos en su territorio, siendo esto motivo de perpetuo disgusto entre Pekín y Moscú.

Por sus innumerables guerras de conquista los caudillos mongoles llegaron a fundar entre los siglos trece y catorce un Imperio cuyo poderío se sintió en China, Rusia, Persia, India y Turquía y al cual pagaron tributo esas mismas naciones, pero en 1504, a la muerte de Tamerlán, quien había logrado reunir bajo su prestigioso cetro los dominios turcos y mongoles, los disturbios que estallaron precipitaron la disolución del Estado. No obstante eso uno de sus descendientes, denominado Babir, fundó en 1526 un nuevo Imperio en el Indostán, conocido en la Historia con el nombre de Gran Mogol, mas a principios del siglo dieciséis los mongoles fueron subyugados por sus antiguos vasallos rusos, turcos, persas y chinos, quedando la mayor parte de la Mongolia bajo el dominio de China, aunque de manera nominal debido a la incuria de los gobiernos chinos y, sobre todo, al carácter guerrero

de los mongoles, enardecido por la configuración montañosa de su territorio, fácil para ser defendido eficazmente contra incursiones militares.

He ahí la reseña histórica de los pueblos que principalmente componen en la actualidad la entidad política denominada República china y no República de China como varios autores la llaman erróneamente. En cuanto a los demás que también hemos mencionado su influencia ha sido casi nula en la vida nacional de China y han sido más bien víctimas del poderío chino, al cual se han plegado tan completamente que hoy apenas si existen de ellos grupos etnográficos con fisonomía peculiar. Sin embargo la bandera pentacolor republicana que acaba de ser reemplazada por la roja y azul del Kuomintang simbolizaba las cinco razas más conocidas en el conglomerado chino.

V

Querriamos describir al Gobierno chino pero dos obstáculos insuperables nos lo impiden: el primero consiste en la larga serie de Emperadores que han ocupado el Trono durante muchos siglos y cuya enumeración, así como también el relato fiel de sus gestas legendarias, llenarían volúmenes de mayores dimensiones que el presente, destinado a hacer resaltar únicamente las peculiaridades sobresalientes del pueblo chino; y el segundo lo constituye el caos reinante actualmente en China bajo el régimen republicano, el que veda hacer un estudio provechoso e imparcial de la Administración Pública. Con efecto, son tan grandes la confusión y la anarquía que la Constitución democrática votada en la aurora de la era republicana jamás ha tenido verdadera aplicación, de modo que sería necedad tratar de esa Carta Magna que nunca ha

existido en la práctica sino en los archivos gubernamentales.

Por otra parte, lo más probable es que esa constitución de esencia unitaria sea reemplazada por otra más elástica que encarne los anhelos federativos de las diversas provincias o regiones y que, además, consulte mejor el grado de las realidades actuales que no existían a raíz de la Revolución. La labor gubernativa del Kuomintang victorioso tendrá que enfrentarse al individualismo y a la indiferencia política que el régimen personalista del Emperador, la falta de civismo de los caudillos revolucionarios en general y el ambiente oportunista han inculcado en las masas populares, de modo que será muy difícil la implantación de un gobierno que, apoyado por la opinión pública, regenere al país y lo guíe con éxito por la senda del progreso. Es preciso que el nuevo Gobierno acabe con la inercia y la puerilidad de los ciudadanos; que enaltezca el patriotismo y destruya el peculado, la irresponsabilidad, los prejuicios y el fatalismo a que una dominación despótica archi-secular acostumbró a los ciudadanos impávidos para beneficio y lucro de las oligarquías.

Todo eso, en nuestro concepto, será obra de titanes que sólo el desinterés patriótico y la buena fe, unidos a una paciencia ilimitada y al esclarecimiento del vulgo por medio de escuelas nacionales eficaces, podrán llevar a cabo en pro de la comunidad. No hay que perder la esperanza; es menester confiar en que el nuevo régimen que impera en China logrará tan laudable fin si acaso el Kuomintang escucha los dictados de la razón y aprovecha la oportunidad única que ahora se le brinda de sacar a la Nación del desorden en que las tradiciones medioevales y la espantosa guerra civil la han sumido. Pero como no se pueden eliminar las costumbres inveteradas de un pueblo ni es factible gobernar un país de civilización milenaria con teorías y programas exóticos que no arraigan en

el alma colectiva, es de todo punto imprescindible que la Revolución se convierta en evolución; que basada en los cimientos genuinamente nacionales edifique sobre esas bases seguras el andamio del nuevo Estado que, sin perder sus rasgos característicos, conduzca con mano firme la Patria a la meta de los brillantes destinos que le reserva el porvenir. Es, pues, necesario que antes de implantar nuevas doctrinas se consoliden los recios puntales que habrán de sostener a la moderna estructura política, porque de lo contrario su pretendida solidez resultaría enclenque y su arquitectura, al perder su originalidad en aras de un modernismo inadecuado la presentaría ante el mundo como un monumento híbrido capaz de derruirse al soplo de la más nimia adversidad. O, en otras frases, la mentalidad infantil de cuantiosos millones de seres humanos habituados a no pensar políticamente sino a encargarse de ese cometido al Soberano, llámese Emperador o Presidente, debe ser desarrollada en el sentido democrático de esta era luminosa bajo la égida de un Gobierno que, antes de confiarse al libre albedrío del pueblo, tendrá forzosamente que ejercer dictadura sobre el mismo hasta cuando éste adquiera por la enseñanza tenaz, benévola y práctica la experiencia del mando supremo a que habrá de conducirlo paulatinamente, sin cambios bruscos ni ensayos imprudentes, el sufragio universal, instrumento político supremo de los países cultos. Plugu a Dios guiar acertadamente al Kuomintang en tan árdua labor que rebasa los límites de sublime utopía.
